



Narrativa Sònia Hernández juega con el lenguaje y su función al plantear un mundo en silencio; el resultado es un subyugante ejercicio de escritura

Sobre la palabra

Sònia Hernández
La propagación del silencio

ALFABIA
237 PÁGINAS
18,75 EUROS

ISABEL GÓMEZ MELENCHÓN

Uno de los personajes que aparecen en un relato de *La propagación del silencio* consagra su vida a la elaboración de un diccionario en el que únicamente tienen cabida mil palabras. Mil, se dice, son suficientes para que estas no pierdan la que es su función, comunicar. Porque las palabras son traidoras, pueden inducir a engaño, jugar a dobles sentidos, inducirnos al caos, al error, al sinsentido. Las palabras, sentencia, deben ser sometidas a un control férreo, para que no puedan sorprendernos. En el extremo opuesto emerge su contrario, el silencio. Pero este puede decir tanto como las palabras, o tan poco. Incluso nada. Sònia Hernández (*Terrassa*, 1976) reflexiona en este libro sobre la (im)posibilidad de la comunicación, una parte primordial de la cual recae justamente en esos elementos volátiles e inaprensible como son las palabras, y lo hace mediante juegos literarios pero también psicológicos, en un ejercicio de introspección que sorprende por sus imágenes y, sobre todo, por el dominio del que es el tema de partida: el lenguaje.

Hace un par de años, Sònia Hernández fue incluida en la prestigiosa lista de *Granta* como una de las 22 mejores voces jóvenes en lengua castellana. Con anterioridad a esta selección había publicado un libro de relatos y varios poemarios; posteriormente vino su novela *La mujer de Rapallo* (Alfabet). En todas ellas emergía un mundo interior denso, reflexivo, tendente a la

introspección, a la búsqueda de certezas que conduzcan a una identidad, a una seguridad, en realidad. En esa clave se puede también leer este libro de relatos, lleno de atrevimiento formal y de fondo, una estupefante rara avis en estos tiempos parcos en apuestas personales. Esta lo es, y mucho. Partiendo de una vieja premisa del pensamiento (¿pueden las palabras representar realmente aquello que designan?), Sònia Hernández entra en la distopía para imaginar un mundo en el que se impone la desconfianza hacia las palabras, y estas se convierten en propiedad de algunos pocos privilegiados, que las controlan a voluntad. Aparecen siniestros Departamentos de Interior e instituciones dedicadas a controlar el habla, profesores escurridizos, ruedas de identificación y una inquietante Camila, un personaje que adquiere muchos significados.

Hay algunos elementos autobiográficos que remiten a la autora y a su trabajo de escritora; también ironía, cuando otro personaje explica que la suspicacia hacia las palabras viene de los excesos que con ellas, como con tantas otras cosas, ha cometido la sociedad. Pero hay sobre todo lucidez al analizar ese silencio que se propaga como una epidemia cuando el lenguaje pierde su valor. ¿Perdido? No podemos dejar de pensar que aquel personaje que había despojado al diccionario de las palabras que sobraban ("dan demasiado margen de actuación"), en realidad estaba limitando su libertad.]

Novela El escritor y excombatiente Colic narra el horror de la guerra

Tierra sin pájaros

Velibor Colic
Los bosnios
Traducción de Laura Salas Rodríguez

PERIFÉRICA
121 PÁGINAS
16 EUROS

ROBERT SALADRIGAS

Aunque me siga pareciendo increíble, lo cierto es que en el verano de 1992, en aquel verano de los juegos de Barcelona, hace escasamente veinte años y muy cerca de aquí, en los Balcanes, se libraba una feroz y escalofriante guerra civil. Uno de los miles de combatientes era un escritor bosnio, Velibor Colic, oriundo de la pequeña ciudad bosnia de Modrica. Su casa y sus manuscritos fueron arrasados, sus vecinos y amigos aniquilados por las bombas serbias y los francotiradores apostados en las colinas de los alrededores. Colic desertó del ejército bosnio en mayo de 1992,

Lo que aún sobrevive de aquel incalificable atropello contra la dignidad humana es la vergüenza

cayó prisionero, consiguió escapar, y por fin halló refugio en Francia. Al cabo del tiempo quiso dar forma definitiva a la escritura del horror exacerbado que sus ojos habían percibido y su mente, embotada, se había sentido incapaz de racionalizar mientras lo experimentaba en carne viva. Así surgió este librito: *Los bosnios* (*Les bosniaques*, 2000). Por supuesto que está lejos de ser una ficción. "Todo es verídico, por desgracia", afirma el narrador en la página 85, para, a continuación, justificar que "aque-

Soldados de la ex-Yugoslavia en el año 1991
BRU ROVIRA / ARCHIVO



Sònia Hernández
en una imagen de archivo
MANE ESPINOSA

Printed and distributed by NewspaperDirect
www.newspaperdirect.com US/Can: 1.877.850.4840 Intern.: 800.636.6364
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW

lla primavera de 1992, los pájaros migratorios no volvieron a la pequeña ciudad bosnia de Modrića. Cuando fue liberada "el cielo estaba vacío, la ciudad destruida, no se escuchaba ni un ruido. Parece que no había lugar para los hombres en aquel lugar que los pájaros habían abandonado". Colic trata de contar, a través de una poética de la crueldad de los hombres cegados por el odio y la voluntad de ejercer el mal en su versión más primitiva, por qué los pájaros huyeron enloquecidos del cielo de los Balcanes.

Los hombres se quedaron solos en aquellas tierras, matándose como alimañas en medio de los feroces nacionalistas. Algo inconcebible, propio de mentes enfermas. Colic distribuye su testimonio en un prólogo que viene a ser una plegaria (Ave María, gratia plena...) por "nosotros, por todos nosotros que estamos en el camino...". Luego, bajo epígrafes de *Musulmanes, Serbios, Croatas*, reseña, describe en breves estampas de trazos impresionistas, barbaridades sin cuento cometidas por individuos deshumanizados como el que fue pastelero de Belgrado y uno de los jefes paramilitares más temibles por su refinada crueldad: Zeliko Raznjatovic, alias Arkan. Después sigue un trazado por las ciudades bosnias castigadas hasta casi la extinción: Mostar, Sarajevo, Visegrad (la destruida ciudad sobre el Drina que mitificó el Nobel yugoslavo Ivo Andrić), las masacres de Brecko y Grapska... Por último los campos tras alambradas, campos de humillaciones y muerte, de uno de los cuales -Slavonski Brod- logró escapar Velibor Colic en julio de 1992. Cierra el libro una *Carta a un amigo muerto* -Tony (1956-1992)- en la que el remitente intenta mantener viva, en pie, una hipotética última esperanza depositada en un futuro de rasgos imprecisos. No deberíamos pasar por alto que en Kosovo la guerra terminó hace 14 años, pero las trincheras distan de haber sido borradas de la piel o de las entrañas de los Balcanes.

Lo que por encima de todo sobrevive -como temía un compañero de cautiverio del autor- de aquel inmenso e incalificable atropello perpetrado contra la dignidad humana en la muy vieja y civilizada Europa de la unión monetaria, es la vergüenza que, en efecto, impregna de principio a fin el texto de *Los bosnios*, por otra parte rebotante de visceralidad, asombro, sarcasmo y culpa. ¿Quién salvaguarda su inocencia en un conflicto étnico-político-religioso llevado al extremo más sanguinario que pueda imaginarse? ¿Basta la vergüenza para olvidar que hubo víctimas y ejecutores, dolor, mucho dolor gratuito, y conflictos por resolver que siguen alimentando las inconfesables pulsiones de tanto energúmeno fuera de control? Resulta fácil vivir con la vergüenza. No mata. |

Álvaro Pombo
Quédate con nosotros, Señor, porque atardece

DESTINO
256 PÁGINAS
18,90 EUROS

J.A. MASOLIVER RÓDENAS

En los años cincuenta, junto a una creciente conciencia social y política de carácter progresista se desarrolló una conciencia religiosa al margen de una Iglesia obscuramente franquista. Entre los jóvenes universitarios, incluso entre los que nos considerábamos agnósticos, causó un enorme impacto *Literatura del siglo XX y cristianismo*, de Charles Moeller, que acogía a escritores conflictivos atormentados por lo que se ha llamado *el silencio de Dios*, entre ellos Camus, Graham Greene, Mauriac o Bernanos. En 1951, se funda la revista *El Ciervo*, punto de referencia obligado para este catolicismo inconformista que se enfrenta al dogmatismo oficial. Junto a pensadores como Zubiri o Aranguren, surgen poetas como Leopoldo Panero, Luis Felipe Vivanco o el más joven José María Valverde, autores, junto con Eliot, Rilke, Kierke-

mar la sustancia de toda su obra.

Su primer libro de poemas, *Protocolos* (1973), prologado precisamente por Vivanco, marca el inicio de una trayectoria en la que poesía y prosa son inseparables. Y si hay libros donde el conflicto central es la homosexualidad, reprimida o no, nunca vivida felizmente, en otros lo es la religión, vivida angustiosamente. *El metro de platino iridiado* representaría el compendio de todas estas preocupaciones. El título de *Quédate con nosotros, Señor, porque atardece*, está tomado del Evangelio según San Lucas -y que se reza en la liturgia de las horas, determinante, sobre todo las Vísperas, en el desarrollo de la obra-. La invocación procede de los discípulos de Jesús que van a Emaús llorando la muerte del Maestro y que, cuando se les aparece, no lo reconocen. Al despedirse de ellos, le suplican que no les deje solos. Es decir, que la novela surge

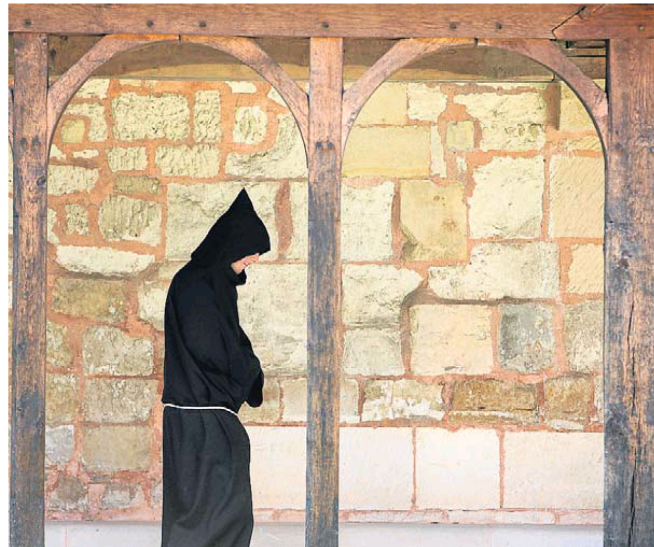
prior, Abel y Raimundo- y tres más jóvenes -Ignacio, Pablo y Lorenzo-. La comunidad trapense se pudo fundar gracias a la donación de doña Mariana, condesa viuda de la Vela. Algo ocurre que trastorna la vida de la Gorgoracha: el suicidio de padre Abel, "el más dulce, delicado y convincente de todos los hermanos" pero al mismo tiempo el más impenetrable.

No estaría de más regresar a Unamuno, autor muy leído en los años de formación de Pombo: a la *Agonía del cristianismo*, a *Del sentimiento trágico de la vida* o a su novela corta *San Manuel Bueno, mártir*. Entre los muchos interrogantes que surgen es si Abel es un suicida o un mártir. Tras su entrega se esconden una dudas que no son de fe sino de angustia, el conflicto entre la liturgia y el silencio de la comunidad y el yo individual: "Me ahogaba la subjetividad, la mía en especial, y decidí tomar en serio lo creído en el credo, los dogmas, la fe"; aunque al final siente que no puede rezar la oración vespertina, "ha llegado mi hora". Una actitud ante la muerte que podemos comparar con la de la mujer que acompaña siempre a doña Mariana, Margareta, una agnóstica que resplandece "con todas las virtudes de un Dios".

Obligados a salir del convento

La convulsión espiritual y la agitación narrativa nacen de la decisión del prior de negar el suicidio y hacerlo pasar por un accidente, algo que pocos van a creer. Los hermanos se ven obligados a salir del convento para enfrentarse al mundo, y es así como vamos descubriendo las rivalidades, las intrigas, las razones profanas que llevan al mundano prior (Josefo en la vida civil, un pijo) a salir del convento para convertirse en un popular colaborador de la Cope. Dos escenas marcan la elevación y el descenso a los infiernos tan frecuentes en la narrativa de Pombo: la aceptación de la muerte por parte de Margareta, una de las escenas más sublimes del libro, y el enfrentamiento verbalmente soez del hermano Raimundo con el periodista Matías Belarte.

Estamos ante una novela desconcertante para creyentes y no creyentes, que se enfrenta audazmente con el sentido del *anacronismo* de la vida monástica y con el sentido de la oración que es, en Álvaro Pombo, el sentido de la escritura. |



Un monje de la abadía de Montivilliers
GETTY IMAGES

gaard o Heidegger, muy presentes en la obra de Álvaro Pombo (Santander, 1939). A finales de los cincuenta Pombo está estudiando Filosofía y Letras en la Universidad Complutense y es inevitable que se haya educado en este ambiente de inquietud religiosa y política, algo que, junto a su origen santanderino, sus once años en Londres, de 1966 a 1977, y su militante homosexualidad, acabarán por for-

de la de la duda, la fe y la revelación: "¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino?".

Ecos de Unamuno

En *Quédate Señor...* los distintos conflictos tienen lugar en un convento de la Gorgoracha, en el sur de Granada. Está integrado por seis monjes, tres mayores -el